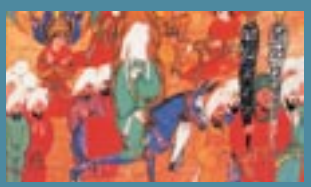
El profeta del Islam
Claudio Corvino
pág. 62



La primera Guerra Santa
Claudio Corvino
pág. 70

El fracaso de la secularización
Mohamed Charfi
pág. 77

Mahoma, rodeado de sus seguidores, recibe el mensaje de Dios de manos de un ángel (miniatura persa).

El legado de MAHOMA

En 622, un comerciante árabe de fuerte sensibilidad espiritual fundó una nueva religión monoteísta.
El Islam unió a las tribus árabes y les dio una fe con la que conquistar y aglutinar un imperio del Atlántico al Índico durante siglos. La pérdida de hegemonía, el colonialismo y el subdesarrollo plantean hoy a las sociedades musulmanas el dilema entre la nostalgia integrista por el pasado glorioso y los desafíos del secularizado mundo moderno

y la colaboración de *J. Pedro Monferrer y Soha Abboud-Haggar*

EL PROFETA del ISLAM

Mahoma convirtió a su credo a todas las tribus de la península Arábiga y transformó a la república mercantil de La Meca en capital espiritual de un imperio religioso, explica **Claudio Corvino**

En el año 570, varios signos prodigiosos anunciaron el nacimiento del mensajero de la fe islámica, cuya existencia, como la de otros fundadores de religiones, pasó a la historia asociada a sucesos milagrosos desde su infancia. El año es recordado en los documentos árabes como *del Elefante*, porque el rey cristiano Abraha, del reino himayrita del sur de Arabia, llegó hasta las puertas de La Meca montado en este insólito y terrorífico animal. Pero, afortunadamente, el peligro fue conjurado por una epidemia, que obligó al rey a retirarse. En este mismo año y en esta ciudad, la tradición dice que nació Muhammad, hijo de Abd Allah, hijo de Abd al-Muttalib, hijo de Hashim.

Si los textos árabes repiten a menudo la cadena de ascendientes, no es sólo por afán nobiliario. En la Arabia preislámica, un hombre sin antepasados o descendientes no era nadie, era un *abtar*, un mutilado. Sin la protección de los padres y de los hijos, sin la unión del clan, entre arena y ladrones, no se podía sobrevivir. Aunque los habitantes de La Meca eran sedentarios desde hacía al menos un siglo, por su sangre todavía corría la ley del nómada, del *badu*, palabra de la que deriva nuestro término beduino. Para la dura ley del desierto, el clan familiar lo era todo: había que estar unidos cuando se comerciaba y cuando se luchaba, todavía más durante la razia, la *ghazwa*, que ayudaba a sobrevivir a costa de beduinos más ricos o sedentarios. Por eso, los mercaderes de La Meca mantenían buenas relaciones con ellos, y la misma Amina, madre de Mahoma, entregó a su hijo a Halima, una beduina del clan de los Saad, para que le sirviera de nodriza. En el siglo VI, beber del mismo seno convertía a dos personas en inseparables hermanos de leche.

Representación de la **Gran Mezquita de La Meca**, con la Kaaba, en un azulejo otomano del siglo XVI.

Mahoma nació en la tribu de los Quraishíes, los *tiburoncitos*, que incluía una decena de clanes, de los que el más conocido era el suyo, el de los Hashim, que todavía hoy sobrevive en los soberanos del reino Hachemita de Jordania, sus directos descendientes.

Orgulloso de su estirpe

Toda su vida, el profeta estuvo orgulloso de ello: «Alá me hizo nacer en la mejor de las dos mitades de la tierra, en el mejor tercio de esta mitad, entre los mejores hombres de este tercio, los árabes, los Quraishíes, Hashim y Abd-al-Muttalib». Este último era uno de los hombres más conocidos de La Meca. Además de ser un poderoso y conocido mercader, desempeñaba también el cargo de *siqaya*, el que da de beber las sagradas aguas del Zemzem a los peregrinos, la fuente próxima a la Kaaba, el sagrado templo de la ciudad. En tono a este santuario, durante los meses sagrados –una especie de "tregua de Dios"–, tenía lugar el peregrinaje de los fieles de Arabia centro-septentrional de la época preislámica.

Una masa bulliciosa de hombres y de mujeres, desnudos en señal de pureza ritual, se agolpaba en torno al *haram*, el lugar "prohibido", "vedado" por ex-

Claudio Corvino es periodista.

Retrato ideal de Mahoma, según una cromolitografía de finales del siglo XIX.

celencia, donde, lo que era muy importante para quien vivía del comercio y de las razzias, se gozaba también de derecho de asilo. En torno a la sagrada construcción cúbica, querida por Adán, reconstruida por Abraham y por su hijo Ismael, Mahoma niño vio realizar carreras y circunvalaciones rituales, el *tawaf*. Desde la casa de su abuelo, divisaba los millares de peregrinos que tocaban y adoraban la Piedra Negra, probablemente un meteorito que, según la tradición, fue entregado a Abraham por el arcángel Gabriel y puesto en la esquina sudoriental de la Kaaba. Desde entonces, quedó impresionado por las pruebas de fe de sus paisanos y nunca llegó a aborrecer completamente aquellos rituales, algunos de los cuales conservó en su monoteísmo.

La tierra que habitaba Mahoma es una península del tamaño aproximado de un tercio de Europa, bañada al Este y al Oeste por las aguas del Golfo Pérsico y las del Mar Rojo, respectivamente. Sobre su interior arenoso viajaban los beduinos a lomo de sus dromedarios, que proporcionaban también carne y leche.

Glosario

Badu: Beduino.
Fatua: Edicto religioso.
Ghazwa: Incursión armada para saquear.
Hanif: Místico.
Haram: Acto o lugar vetado.
Mequí: Habitante de La Meca.
Qibla: Elemento de la mezquita que marca la dirección en que debe rezarse.
Shi'a: Corriente heterodoxa del Islam que apoyaba a Alí, yerno del Profeta, como su legítimo sucesor.
Sunna: Corriente mayoritaria del Islam.
Sura: Versículo del Corán.
Tawaf: Circunvalación ritual a la Piedra Negra.
Umma: Comunidad de los creyentes.
Wadi: Cauce de un río.
Yihad: Guerra santa.

La Meca en que nació Mahoma era un mercado y centro de peregrinación, donde se gozaba del derecho de asilo

En esta enorme extensión de arena, los nómadas viajaban de un oasis a otro en busca de dátiles, de pastos para sus rebaños y de ocasiones para dedicarse al pillaje. La razia era una lucrativa institución de la vida nómada: proporcionaba dracmas de plata y monedas de oro, directamente o mediante el rescate de los prisioneros. Era costumbre, codificada durante siglos, que en la *ghazwa* se evitara a toda costa causar la muerte, pues la venganza, *tha'r*, sumía a los clanes implicados en una guerra sin fin.

Los habitantes de Arabia pertenecen étnicamente a la rama occidental de los semitas, descendientes del mítico Sem bíblico, que se expandieron por las regiones de Aram, Asiria y Babilonia, por las tierras de Canaán y de Fenicia. Entre estas gentes nacieron las tres grandes religiones monoteístas del Mediterráneo: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo.

Cruce de culturas

Arabia no era una tierra aislada y desconocida. Reyes babilonios como Nabónido habían vivido allí placenteramente y Plinio escribió sobre Aretusa, Larisa y Cálcide, ricas colonias griegas establecidas al sur de la Península. Árabes fueron algunos emperadores romanos, como el joven Heliogábalo, sacerdote de la Piedra Negra de Emesa, y su sucesor, Filipo. Tampoco Arabia fue sólo un rectángulo arenoso y árido: además de los oasis, una pujante agricultura florecía en los reinos del sur, donde los monzones, que periódicamente llegaban desde el océano Índico, alimentaban bien diseñados sistemas de irrigación, que suministraban agua a Estados como Saba o Hadramut. Los puertos meridionales estaban repletos de mercancías procedentes del Oriente. En Moca, puerta del mar Rojo, se podían encontrar desde las afamadas perlas del golfo Pérsico a pimienta de la India, plumas de avestruz de África occidental, simios –vivos o embalsamados– oro, plata, algodón y seda. De estas regiones meridionales partían continuamente caravanas con destino a los emporios mediterráneos, iraníes y mesopotámicos. Unas expediciones que convirtieron en inmensamente ricos a los nabateos y, a partir del siglo III d.C., a los reinos aksumitas e himairitas, comerciantes por mar y por tierra.

Comerciantes árabes beben vino durante una celebración, en esta miniatura de un códice de Avicena (Milán, Biblioteca Ambrosiana).

Los caminos seguidos por esos mercaderes nómadas eran los *wadi*, antiquísimos lechos de ríos secos, que permitían viajar con la certeza de no perder nunca la orientación. El más importante de todos ellos, al menos para los mequíes, era el Wadi al-Qura, que ponía en comunicación la región del Hiyaz con la península del Sinaí y zonas de Siria. Favorecidos por la decadencia de los reinos meridionales –que pudo deberse a la rotura de la presa de Marib o a las dificultades comerciales en la ruta del noreste, por la guerra entre persas y bizantinos– los caravaneros del Hiyaz comenzaron a tener la exclusiva de muchas de las mercancías que cruzaban el desierto. Fue así como La Meca, en el Hiyaz, a medio camino entre el sur de Arabia y la Palestina cristiana, comenzó a imponerse como gran centro caravanero y comercial. Desde la casa de su abuelo, a pocos metros de la Kaaba, Mahoma pudo admirar los resultados de este creciente bienestar económico. Además del mercado, las calles de La Meca eran un bullir de vendedores, de mujeres acicaladas como damas persas, de adivinos que predecían el futuro, de magos y de presti-

CRONOLOGÍA

562-572. En este decenio cifra la tradición el nacimiento de Mahoma.
576. Muere Amina, madre de Mahoma.
582-602. Reinado de Mauricio, que reorganiza el Imperio Bizantino.
587. Mahoma inicia en La Meca su aprendizaje en el comercio que, a lo largo de la Ruta de la Seda, del Incienso y de las Especias, desde el Yemen llega a Palmira, Petra, Damasco y Antioquía.

Elefante iraquí de marfil del siglo X.

595. Mahoma se casa con Jadisha.
610. Durante su retiro al monte Hira se le aparece el arcángel Gabriel, que le manda leer la palabra del *Corán*. Es la "Noche del Poder".
614. Los persas ocupan Jerusalén.
615. Primera emigración de los seguidores de Mahoma a Abisinia.

Un **lector**, en una miniatura persa del siglo XVI.

618. Conversión de Omar, el segundo califa, después de escuchar la sura XX.
619. Muerte de Jadisha, primera mujer de Mahoma.
622. Acuerdo secreto, en junio, con los representantes de Yathrib (Medina), llamado Pacto de Aqaba. Entre el verano y el otoño tiene lugar la *Hégira* o emigración a Yathrib. Año fundacional de la era musulmana.
624. Se cambia la dirección de la oración (*qibla*) hacia La Meca.

Un **ángel**, en una miniatura persa del siglo XVI.

625. Mahoma es derrotado y herido en la batalla de Uhud.
629. Mahoma lleva a cabo un peregrinaje (*'umra*) a La Meca. Prohibición de beber vino.
630. Entrada de Mahoma en La Meca. Heraclio libera Constantinopla del asedio de los ávaros.
632. Gran peregrinaje conducido por Mahoma. El 8 de junio, el Profeta muere.

Representación de la **Kaaba**, en una miniatura turca de 1594.

Las gentes del Libro

Con el distintivo *ahl al-Kitâb,* los musulmanes, partiendo del *Corán*, designaron a judíos y cristianos porque eran comunidades que poseían "libros revelados" con anterioridad al *Corán*, y las sometieron a un estatuto jurídico indefinido de tributarios protegidos (*ahl al-dimma*) por la comunidad islámica, que debían pechar un impuesto específico, gravado por el Estado árabe-islámico.

El texto coránico establecía una demarcación entre aquellas comunidades (judíos, cristianos, mandeos y zoroastras) que sustentaban su fe en las antiguas escrituras reveladas (la *Torá* o *Pentateuco*, el *Salterio* y los *Evangelios*) y las que seguían a la nueva revelación contenida en el *Corán*. Los fallidos intentos de Mahoma de aglutinar en el seno del islam a los dos grupos más relevantes en la zona, acabó impulsándolo a combatir a unos y otros.

El conocimiento que Mahoma tuvo de ambos grupos debió descansar en todo un arsenal de datos procedentes de lo que denominamos "historia religiosa", así como de sus propias experiencias vitales a través de las variadas formas de relación que mantuvo con judíos y cristianos, donde lo primero, aderezado con las relaciones negativas que se acabaron trabando, acabó configurando una visión ideológicamente restrictiva de aquellas comunidades a nivel religioso y sociológico.

En el primer momento, el *Corán* es más abierto hacia los judíos, cristianos, mandeos y zoroastras, a quienes considera en pie de igualdad con respecto a los musulmanes. Pero muy pronto habrá una condena doctrinal hacia todos ellos cuando se produzca "la ruptura" entre Mahoma y éstos, que no aceptan que la revelación coránica venga a completar a las anteriores.

La actitud de judíos y cristianos ante la nueva revelación generó entre los musulmanes una actitud hostil hacia aquéllos. El conocimiento que acabó generando la actitud negativa del islam, tal como aparece modelada en los *hadices*, es el fruto de un conocimiento superficial y demagógico: el único rasgo discriminador que interesa es el comportamiento religioso de los diversos grupos, mientras el Islam representa el Estado religioso, el ideal a seguir.

Hay que tener en cuenta la tradición. En este sentido, tenemos que considerar que el islam sostendrá la originalidad de sus "instituciones islámicas", aun cuando muchas de ellas hunden sus raíces en instituciones judías, como la del ayuno del Ramadán por ejemplo. Ello, evidentemente, representará otro elemento de fricción que forzará a la comunidad islámica a dar continuos pasos adelante en busca de un claro distanciamiento con respecto a las comunidades judías y cristianas. En todo este esfuerzo distanciador cobrará una importancia determinante la ingente cantidad de polémicas que arreciarán sobre todo a partir de los siglos IX y X, pero ya rastreables en pleno siglo VII, donde los enfrentamientos (de todos contra todos) entre el cristianismo de lengua siriaca (y árabe también), los rabinos judíos y los *mutakallimún* (teólogos pseudoracionalistas) islámicos llevará a que cada uno defina a su modo su propio y específico espacio teológico y dogmático con continuos enfrentamientos y ataques contra los respectivos dogmas religiosos de cada grupo.

Moisés contempla el fin del Ejército del faraón en el Mar Rojo, miniatura de un manuscrito de Herat de 1425.

Si así fueron desarrollándose las cosas con los años, resulta obvio que las relaciones que acabaron estableciéndose entre las distintas comunidades bajo la jurisdicción estatal islámica han de ser definidas y descritas en función de todos los condicionantes que concurrieron en el espacio vital en el que unos y otros se encontraban.

Además, la política estatal islámica muy pronto ideó un doble proceso que actuó como rodillo sobre las comunidades ocupadas, tanto en Oriente como en al-Andalus. El proceso de la islamización, sin duda el más pernicioso para las "gentes del Libro", pretendía una progresiva y rápida conversión al Islam de cuantos más individuos mejor y para ello no se dudó en ejecutar una brutal política de presión fiscal sobre estas "comunidades protegidas" ya desde los primeros momentos.

Ello acabó generando un devastador movimiento migratorio en las circunscripciones orientales que llevó a muchos judíos y cristianos a buscar refugio en lugares con mayor bonanza social. En al-Andalus, este proceso también acarreará con el tiempo situaciones delicadas que romperán del todo la débil relación que sólo la "*koiné* política-social" había alimentado en tiempos pasados.

En cuanto al proceso arabizador, es decir, el diseño de una sociedad con un perfil cultural propio y exclusivo sí que logró, por el contrario, una bruñida homogeneización, lo que llevó a que las distintas comunidades de ámbito urbano acabasen participando de una misma lengua y una cultura marcada por el uso de aquélla, la lengua árabe. Con todo, esto no fue suficiente para crear una sociedad ideal, un modelo de convivencia tantas veces cacareado como falaz e inexistente.

Juan Pedro Monferrer Sala
Universidad de Córdoba

digitadores. En este carrusel oriental, los más admirados eran los poetas, que durante el *samar*, la sobremesa de la cena, relataban épicas historias de guerra, de amor y de muerte. No faltaban, en aquel fascinante caravasar humano que era La Meca, judíos, mazdeístas y cristianos, que participaban en los peregrinajes a la Kaaba, adorando las imágenes de la Virgen y de Jesús pintadas en su interior.

En la Kaaba se conservaban y veneraban un poco todas las divinidades preislámicas: cuando Mahoma decidió eliminarlas, en el 629, la tradición dice que había 360 ídolos. Fueron destruidos uno por uno, incluidos los que estaban pintados en las paredes. Todos, excepto las imágenes de la Virgen María y de su hijo, Jesús. Este gesto, aunque rodeado de una leyenda devota, parece mostrar la unión y la deuda del Islam con el cristianismo.

Paralelos con Cristo

Sabemos poco de la infancia de Mahoma y los pocos datos que proporciona la tradición están contaminados por la leyenda. Los episodios ligados a su nacimiento, en el año *del Elefante*, tienen el sabor de la epifanía divina, acompañados, como es habitual, de los clásicos signos milagrosos: la madre, Amina, no tuvo molestias durante la gestación, oyó voces misteriosas que le hablaban de la naturaleza excepcional de la criatura que llevaba en sus entrañas y, por ello, se cubrió de cadenas y de amuletos de hierro que, milagrosamente, se rompieron solos. Además, lo parió sin perder la virginidad y, al nacer el profeta, una gran luz iluminó el mundo desde Oriente a Occidente, permitiendo a Amina ver los castillos de Damasco y los camellos de Bosra, mientras que el sagrado fuego custodiado desde hacía miles de años por los Magos, los seguidores de Zoroastro, se apagaba.

A los cuatro años, durante su lactancia en el desierto, tuvo lugar el misterio de la iniciación de Mahoma, que la tradición ve en los versos coránicos de la sura de la *Apertura* (XCIV, 1-3): "¿No te hemos abierto el pecho, y hemos separado de ti el fardo, que agobiaba tu dorso y hemos levantado tu reputación?" Estas acciones remiten a la intervención de dos ángeles, que elevan al futuro profeta y lo pesan en la balanza celeste. Supera en peso primero a diez, después a cien, luego a mil, equivaliendo de esta manera a toda su gente. Uno de los ángeles le abre el pecho, extrae de su corazón un coágulo negro de sangre, lava la cavidad con agua de nieve, recogida en una copa de oro, y coloca luego todo en su lugar.

Después de la muerte de su madre, con apenas seis años, comenzó el aprendizaje comercial con su tío Abu Talib. El siguiente cambio decisivo para Mahoma tuvo lugar a los veinticuatro años, con su matrimonio (el primero de varios) con Jadisha, una rica viuda quince años mayor que él.

Representación de **Zoroastro** en una pintura paleocristiana de Dura Europos, del siglo III. Su culto tenía seguidores en Arabia.

Los años siguientes fueron bastante tranquilos y sin problemas económicos, aunque acompañados de una creciente e íntima inquietud religiosa, que, obviamente, escapa a toda precisión histórica. Se cree que comenzó a efectuar retiros espirituales en una caverna de la colina de al-Hira, al noroeste de la Meca. Para intentar comprender mejor estos *tahannuth*, estos retiros espirituales, debemos detenernos un momento en la vida religiosa de los contemporáneos del Profeta. En toda Arabia, la religión dominante era el politeísmo, cuyas divinidades principales, al menos en las zonas que influían directamente en la región de La Meca, eran, al-Lat, al-Uzza y Menah o Manat. La primera, *al-ilahat*, "la diosa" por excelencia, era una divinidad femenina, conocida también como la gran *Rabba*, "Señora", que se veneraba en el santuario de Taif, al sureste de la ciudad del Profeta, donde unos sacerdotes especiales se ocupaban del cuidado de su imagen en forma de gran piedra blanca. Era la Urania-Alilat que señala Heródoto en su *Historia* (III,8) cuando habla de los árabes. *Al-Uzza*, la Poderosa, la Fuerte, es especialmente querida por los Quraishíes, que nunca dejan de visitarla en su santuario de Nakhla, a medio camino entre Taif y La Meca, donde se había manifestado bajo la forma de uno de los tres sagrados árboles de acacia. Su culto se había difundido también entre los *lajmidas* del norte y debía ser especialmente cruento, pues su príncipe Mundhir III le había sacrificado cuatrocientas monjas capturadas por él. La última, Manat, genéricamente "la otra" o "la tercera", era la menos conocida y, probablemente, también relacionada al plural (*manawat*), del arameo *manata*, es decir, "suerte, porción, fortuna", que representa el Destino o la Fortuna. Una piedra negra era su principal santuario en Qudayd, en un lugar llamado Musallal, a quince kilómetros al sur de Medina, junto al mar Rojo. Estas tres divinidades eran llamadas *banat Allah,* "hijas de Dios", lo que podría dejar entrever la existencia de un dios supremo.

Un dios y tres diosas

La primacía de un dios sobre otras divinidades queda de manifiesto en los poetas preislámicos, que hablaban a menudo de Alá, derivado de la forma árabe *al-ilah*, o del arameo *alaha*, en ambos casos Dios por antonomasia. No es fácil deducir cual era la relación entre estas tres diosas y Alá y, aunque el *Corán* parece hablar de ellas como las "hijas" ("...le han fabricado hijos e hijas sin saber", sura VI, 100; "Dan hijas a Dios", sura XVI, 57), estas podrían ser entendidas, al igual que entre los gnósticos, como seres divinos femeninos.

El Corán muestra esta divinidad preis-

lámica como un supremo creador, venerado desde muy antiguo. Los mequíes le conocían bien, a pesar de que continuaban siendo idólatras: “Si les preguntas: ¿Quién creó los cielos y la tierra? ¿Quién sometió al sol y a la luna? Responderán: “Dios” ¿Cómo, pues, blasfeman?” (sura XXIX, 61) «Pregunta: “¿Quién es el Señor de los cielos y de la tierra?”. Responde: “Dios” Di: “¿Tomaréis, prescindiendo de Dios, dueños que no tienen ni bien ni mal?” (sura XIII,16). El panteón de los peregrinos del santuario mequí poseía otras divinidades, la más importante de las cuales era Hubal, de aspecto antropomorfo e importado de Mesopotamia. Además, estaban presentes las grandes religiones monoteístas, que ocupaban una posición importante en la vida de la península Arábiga. Los seguidores de Zoroastro abundaban en la costa del Golfo Pérsico; el judaísmo estaba muy difundido en el oasis de Hiyaz, donde los hebreos habían realizado numerosas obras agrícolas y cultivaban palmeras datileras. Los cristianos estaban presentes en todas sus tipologías.

Un vago monoteísmo

Fue muy probable, por tanto, que Mahoma entrase en contacto con las otras religiones monoteístas, seguramente durante sus viajes de negocios o, sobre todo, en las ferias, verdaderas “universidades populares”, que frecuentó durante su *umr*, la “vida de hombre”, que precedió a la Revelación.

En este contexto religioso fuertemente monoteísta, rico en corrientes religiosas no ortodoxas, fluido y contradictorio, de reconstrucciones legendarias de la vida de Jesús o de la Virgen, de historias bíblicas embellecidas y desarrolladas, creció Mahoma. Sabemos por el *Corán* que el Profeta fue acusado de prestar oídos a aquellos que hablaban lenguas extranjeras (XVI, 103), o que contaban «leyendas de los primitivos...» (XXV, 5).

Para completar el cuadro del ambiente religioso del Hiyaz, es necesario señalar al menos, las misteriosas figuras de *hunafa* (singular *hanif*) que, más allá de las religiones descritas, buscaban una vía alternativa al monoteísmo habitual: ni judío ni cristiano. Un *hanif* fue con seguridad Waraqa ibn Newfal, sobrino de Jadisha, mujer del profeta.

La proliferación de *hunafa* y de profetas era la expresión espiritual de los cambios materiales que, lentamente, iban teniendo lugar en toda Arabia. La misma expansión islámica, que se producirá incontenible después de la muerte de Mahoma, no será repentina, ni ocasionada, solamente, por presuntos fanatismos, conversiones o audacia militar. La que se difundió a partir del siglo VII gracias, esto sí, a la espada y a un libro sagrado, el *Corán*, no fue sólo la religión del Islam, sino la soberanía política de los árabes, que ya se preparaba desde hacía tiempo: la última gran emigración de los semitas. Desde hacia siglos había comenzado una imparable infiltración de tribus beduinas hacia el Norte, hacia territorios, persas y bizantinos, donde encontraron a los descendientes, igualmente semitas, de antiguos pueblos, como los arameos.

Mahoma cabalga sobre Buraq, rodeado de ángeles, en una miniatura de un manuscrito turco del siglo XV.

Los antiguos y los nuevos emigrantes árabes se integraron bien en los asuntos de las grandes potencias de la época: baste pensar en los *lajmidas* y los *ghassanidas*, ambos llegados a las órbitas de influencia de las dos grandes potencias occidentales. Los persas sasánidas elevaron hábilmente a los jefes de una tribu del desierto, los *banu lajm*, a reyes de un Estado vasallo, que fielmente condujo una guerra de guerrillas contra los romanos. En una lógica de partida de ajedrez, los bizantinos eligieron entonces otra tribu árabe, esta vez la de los *ghassan*, y le concedieron sus favores a cambio de ayuda militar. En el 580, el emperador Tiberio llegó a conceder corona real, con el pomposo título de “filarca supremo de todos los árabes”, a un jeque *ghassanida*, Al-Mundhir. Una de sus tareas, tanto de los *lajmidas* como de los *ghassanidas*, fue servir de filtro a las incursiones beduinas procedentes del Sur de la inquieta caja de arena. Pero, de hecho, la importancia de estos dos microestados fue mucho mayor: por un lado, proporcionaron a sus hermanos del desierto meridional importantes elementos culturales, materiales y espirituales de las superpotencias del momento; por otro, se convirtieron en modelo para aquellos emiratos locales en que se habría dividido la comunidad musulmana, después de Mahoma, apenas salida de su limbo de arena.

Desde esta óptica, se puede interpretar, por tanto, la expansión árabe como la fase final de un proceso de larga duración, en el que el Islam fue una idea por la que combatir y alrededor de la cual unirse, creando una organización política, con fondo étnico y religioso, que tuvo una importancia histórica muy diferente a la de los Estados árabes tampón de los *lajmidas* y de los *ghassanidas*. Quizá, la expansión árabe habría sido políticamente también posible sin el *Corán*.

La expansión árabe es el final de un largo proceso en el que el Islam sirvió de herramienta para forjar la unidad

Un enemigo menospreciado

Los mismos victoriosos bizantinos subvaloraron la importancia de los árabes, a los que empujaban hacia las fronteras meridionales. La *Chronographia* de Teófanes cuenta que un eunuco, que llegó a Damasco cargado de dinero, fue rodeado por beduinos que le pedían el acostumbrado pago a cambio de la defensa de las fronterass. EI funcionario quedó contrariado: “El emperador no tiene casi dinero suficiente para pagar a los soldados, ¿cómo podemos darlo a estos perros?” Pero aquellos perros, en breve tiempo, harían algo más que ladrar.

El **Camello de las Maravillas**, del profeta Salin, en una miniatura persa (Berlín, Staatliche Museen).

En este ambiente, entre fermentos religiosos, casi mesiánicos, Mahoma creció entre ayunos y retiros. Durante estos últimos, probablemente el futuro profeta buscó una salida a su ardiente conflicto interior. Un combate titánico se desarrolló dentro de él. La tranquila y atrayente fe de los padres, y la fidelidad viciada por la costumbre, lo ataban al politeísmo. Un antiguo libro, el *Libro de los ídolos,* de Hisam ibn Muhammad ibn al-Kalbi, cuenta, sin embargo, que el joven profeta habría participado con su tío en una ceremonia religiosa en honor de al-Uzza; a esta diosa habría sacrificado “una oveja de manto grisáceo”. Pero impulsos más profundos e impetuosos lo empujaron hacia la recuperación de una nunca extinguida fe en un dios único, que las gentes del desierto estaban olvidando.

El sufrimiento interior tuvo que llegar a niveles insoportables cuando, a los cuarenta años –un número simbólico para todos los semitas–, se le apareció el arcángel Gabriel, que le ordena: “¡En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso ¡Predica, en el nombre de tu Señor, el que te ha creado! Ha creado al hombre de un coágulo! ¡Predica! ¡Tu Señor es el Dadivoso...”. Es el inicio de la sura *El coágulo* (XCVI), la primera en ser revelada a Mahoma. Aterrorizado y solo en las desoladas y sinuosas colinas cede a su primer impulso y huye. Después, en el camino de casa, oye de nuevo una voz: “Oh Mahoma, tú eres el mensajero de Alá y yo soy Gabriel”. Es la “Noche del Poder”, el inicio de la misión del profeta. Le asaltan las dudas: ¿fue aquella la voz de uno de los seres fantásticos que habitaban el desierto, los *gin*? ¿Fue acaso un demonio el que le habló? ¿Se ha convertido también él también en un adivino, o uno de los muchos magos, *sahir*, que abundaban en Arabia preislámica? ¿O simplemente se había vuelto loco?

Apoyo familiar

En casa, Jadisha le anima, creyendo en lo que le cuenta. Hace llamar al primo Wanaqa, el *hanif* experto en temas religiosos. Éste escucha con cuidado, reflexiona largamente y sentencia: la espantosa experiencia de Mahoma es la de un profeta. Lo será, pero su pueblo estará contra él. Tendrá que estar muy atento. Las visiones continuaron, y continuaron las dudas, pero lentamente Mahoma se acostumbró, tomó confianza y se calmó.

El propio Dios le anima diciéndole que, ni es un adivino, ni está loco: “¡Vuestro contríbulo no anda descarriado ni descaminado!, No habla por vicio. Es una inspiración que le inspira, que le ha enseñado un Ángel forzudo, poderoso e inamovible” (sura LIII, 2-5). Y en otro pasaje del *Corán*, que será lentamente revelado al Profeta, dirá: “¡Por la noche cuando se extiende! ¡Por la aurora cuando se difunde! Eso es, ciertamente, la palabra de un noble Enviado que tiene un poder junto al Dueño del Trono, inamovible, obedecido y, además, seguro. Vuestro compañero no está poseso” (sura, LXXXI, 15-22). No se trata de una experiencia personal e íntima. Pronto Mahoma comprendió que era un profeta, un hombre elegido como intermediario. Constantemente recitaba, acción que en árabe recibe el nombre de *quran*, de donde procede el nombre del libro sagrado, el *Corán*.

Mahoma se dirige a La Meca, acompañado de ángeles y rodeado de sus seguidores.

Casco de estilo persa de un príncipe árabe, a la derecha.

La primera GUERRA SANTA

Con la Hégira, la emigración del profeta de La Meca a Medina, en 622 nace el Islam y con él, la época de las grandes conquistas a golpe de lanza y espada

Hemos llegado al 610, momento en el que da inicio la predicación pública de Mahoma en La Meca. A decir verdad, más que pública podríamos decir familiar: si Jadisha fue con certeza la primera musulmana, no está tan claro el nombre del primer hombre converso. La tradición chiíta insiste en Alí, hijo de Abu Talib y primo de Mahoma, mientras otros hablan de Abu Bakr, el más fiel discípulo del Profeta, tres años mayor que él, o de Zaid ibn Harita, ex-esclavo de una tribu cristiana de Siria. A estas conversiones se añaden pronto las de Sa'd, sobrino de Amina (la madre de Mahoma), de Otman, sobrino de Abd al-Muttalib, que luego sería yerno de Mahoma, de Az-Zubair, sobrino de Jadisha. El número de musulmanes aumentó con algunos esclavos extranjeros, judíos o cristianos, luego liberados. Entre todos, el más conocido es el abisinio Bilal, el primer almuédano (el que invita a la oración a los fieles) islámico, famoso por su poderosa voz.

La primera reacción de los Quraishíes es de indignación y desprecio. Sin embargo, Mahoma no rompe completamente con la tradición, pues los árabes ya conocen el monoteísmo. Pero a esto, él añade el Islam, que significa "sumisión a la voluntad de Dios". Es un sustantivo que deriva del verbo *aslama*, someterse, cuyo participio, *muslim*, ha originado el término musulmán. Más aún, no admite la existencia de otro dios. Los Quraishíes se preocuparon: ¿qué iba a ser de las divinidades de la Kaaba? ¿Y de sus peregrinajes, tan numerosos y lucrativos para todos los mequíes?

CLAUDIO CORVINO es periodista.

Rechazado por el clan

Llegados a este punto, cualquier tipo de acuerdo era inútil. A nadie le estaba permitido negar las divinidades de la Kaaba, ni siquiera a un protegido de Abu Talib: era una ofensa grave para toda la comunidad pagana. Mahoma únicamente podía confiar en la solidaridad tribal, la ley no escrita de los beduinos, que siempre protege a todos los que pertenecen al clan. Pero como no podían ir contra él, por el respeto hacia su tío Abu Talib, los mequíes intentaron actuar contra todo el clan, persiguiendo a los conversos al Islam menos poderosos. El esclavo Bilal fue maltratado por su dueño hasta que el rico Abu Bakr, fiel a Mahoma, lo compró y le dio la libertad. Pero el número de fieles no se puede aumentar con dinero sino con las conversiones. Una de estas últimas fue la conversión de Omar ibn al-Khattam, un joven poderoso como un gigante –de un metro y noventa de altura– y de fuerte carácter que, según la tradición, se convirtió al escuchar la sura XX del *Corán*.

La seguridad del profeta no peligró tras la muerte de Abu Talib, en 619. Su lugar lo ocupó Abu Lahab quien, a pesar de ser hostil al Islam, cumplió inicialmente con el deber de proteger a un miembro de su clan. Pero Abu Gahl, enemigo declarado de Mahoma, tendió una trampa al Profeta y sugirió a su nuevo protector que le preguntara a Mahoma si Abd al-Muttalib, el padre de Abu Lahab, había sido salvado por aquel nuevo Dios o si estaba en el infierno, dado que no había aceptado el monoteísmo. Mahoma, incapaz de mentir, le contestó que el hombre había sido castigado con el infierno. Abu Lahab le retiró públicamente su protección: Mahoma se había convertido en un proscrito.

Para quien está solo en el desierto, la vida se convierte en una extenuante espera de calamidades. Mahoma decidió buscar protección en Taif, una ciudad a más de 1.600 m que altitud, dónde los ricos mequíes tenían su se-

La fijación del texto coránico

Pocos meses después de la muerte del Profeta, su sucesor a la cabeza de la comunidad islámica, el primero de los cuatro "Bien Guiados Califas" –llamados por los occidentales "Califas ortodoxos"–, Abû Bakr al-Siddîq, convocó al joven Zayd Ibn Thâbit a su casa en Medina, para encomendarle la misión de recoger por escrito todo el mensaje que Alá había revelado a Mahoma y que éste les había ido transmitiendo a lo largo de 30 años. A este encuentro habría asistido Umar b. al-Jattâb, impulsor de esta iniciativa según la tradición, quien, ante la desaparición de los que habían aprendido las azoras de memoria, juzgaba apremiante recopilar el texto revelado.

Zayd Ibn Thâbit, de la familia del Profeta, fue uno de los secretarios de Mahoma que tomaban al dictado y redactaban sobre madera, hojas de palmera, huesos, cuero, papiro u otros materiales lo que les repetía tras recibir las revelaciones divinas; esto había ocurrido, sobre todo, en Medina, donde el contenido de los textos era normativo, y por tanto, de especial importancia. La relación del Profeta con Ibn Thâbit muestra que la conservación del texto revelado se había realizado tanto "en el corazón de los creyentes" –según recoge la tradición– como sobre soporte duradero. Se desconoce la cantidad de texto coránico redactado en época del Profeta, pero se sabe que él mismo ordenaba la inclusión de tal o cual aleya entre el material recopilado y decidía su colocación en la sura adecuada y, también, que estableció el orden interno de las suras, recogidas por escribientes y memoriones e, incluso, algunos especialistas musulmanes sostienen que antes de su muerte pudo ver una versión completa del *Corán*.

Sea como fuere, poco tiempo después de la muerte del Profeta, según se ha dicho, Ibn Thâbit recibió el encargo de redactar, sobre papel o papiro, todas las suras memorizadas y escritas y agrupar todas las hojas en un legajo, probablemente sin ningún tipo de encuadernación. El califa Abû Bakr legó el preciado material a su sucesor, Umar Ibn al-Jattâb, quien se lo entregó a Hafsa, su hija y viuda del Profeta.

Esta primera versión del *Corán* no debió ser reconocida por todos –aunque fuera considerada como referencia posterior indiscutible–, teniendo en cuenta que cuando murió Umar Ibn al-Jattâb (644), ya existían núcleos árabes en Mesopotamia, Siria y Egipto, avanzadillas de las siguientes oleadas de conquistas, poblados por combatientes que también conocían el *Corán*. En esa época de rápida expansión y alejamiento del núcleo original, muchos peligros acechaban el texto coránico. Las discrepancias a la hora de recitar tal o tal

Página de un ***Corán*** del siglo XV.

aleya; el ingreso en la nueva religión de no-árabes que desconocían el árabe; la necesidad de tener una versión completa del Corán para poder rezar y ordenar la vida de las nuevas comunidades y, el miedo a que la aristocracia de La Meca manipulara el texto revelado con fines políticos, fueron otros tantos motivos que urgieron la preparación de una versión completa y reconocida del *Corán*.

La tarea le fue, nuevamente, encomendada a Zayd Ibn Thâbit por el tercer califa Uthmân Ibn Affân (m. 656). Ibn Thâbit, al frente de una comisión de notables, reemprendió el proceso de encuesta personal con los memoriones y recitadores supervivientes, así como la recogida de los datos escritos. Después de probar su autenticidad contrastándolo con la versión que Hafsa había guardado cuidadosamente, se estableció, hacia el año 650, la primera vulgata canónica del *Corán*, la única válida a partir de entonces; las azoras fueron dispuestas por orden decreciente de longitud, las más largas al comienzo, después de la oración de inauguración o al-Fâtiha.

El califa Uthmân ordenó destruir las demás versiones realizadas en los territorios conquistados y en la propia Arabia, salvo la de Hafsa, que conservó hasta su muerte, en tiempos de los Omeyas de Damasco. Recomendó, además, que en caso de discrepancias, se cotejara con él y se tomara como referencia el dialecto de la tribu de Quraysh, a la que pertenecía el Profeta, y mandó hacer cuatro o más copias para enviarlas a otras tantas ciudades: Basora, Kufa, Damasco y tal vez al-Fustat (El Cairo) y La Meca.

Sin embargo, dado el estado de evolución de la lengua árabe a mediados del siglo VII, el texto pasó por varias etapas hasta su completa fijación. Las particularidades de la grafía de la lengua árabe, así como la existencia de diferencias dialectales entre las distintas tribus, dieron lugar a la proliferación de "lecturas" o variantes de recitación del mismo texto. A partir de la vulgata de Uthmân, y tras un proceso de maduración de la lengua árabe, en el siglo X se consideraron oficiales siete "lecturas", que se venían repitiendo en Medina, Meca, Damasco, Kûfa y Basora por lectores "oficiales" reconocidos en el siglo VIII y cuyas versiones era repetidas por recitadores –también como "oficiales"– que vivieron en los siglos IX y X. De hecho, el número de "lecturas" reconocidas llegó a catorce y cada una tuvo su particular difusión en las distinas partes del mundo islámico. Las variantes entre las distintas "lecturas" son mínimas –en alguna que otra declinación o vocalización– ya que el texto es intocable, salvo en lo poco relacionado con las reivindicaciones shiíes.

En realidad, prevaleció la "lectura" del texto fijado por Zayd Ibn Thâbit por ordenes de Utman, empleada por el lector Âsim b. Mahdala al-Asadî de Kûfa (m. 744) y repetida por Hafs (m. 805). Esa es la "lectura" que se recoge en la Vulgata actual del *Corán*, reconocida e impresa en El Cairo en el año 1923 y que siguen los sunníes.

Soha Abboud-Haggar
Arabista,
Universidad Complutense, Madrid

Mahoma asiste a la **ejecución de unos hebreos** (manuscrito turco del siglo XVI).

Abu Bakar defiende a Mahoma de la multitud. Miniatura turca de la *Vida del Profeta* (1360).

gunda residencia. Pero sus habitantes, los *banu thaqif*, no quisieron apoyar a Mahoma, ya que tenían tratos muy lucrativos con los mequíes y no querían enemistarse con ellos. El Profeta fue incluso maltratado.

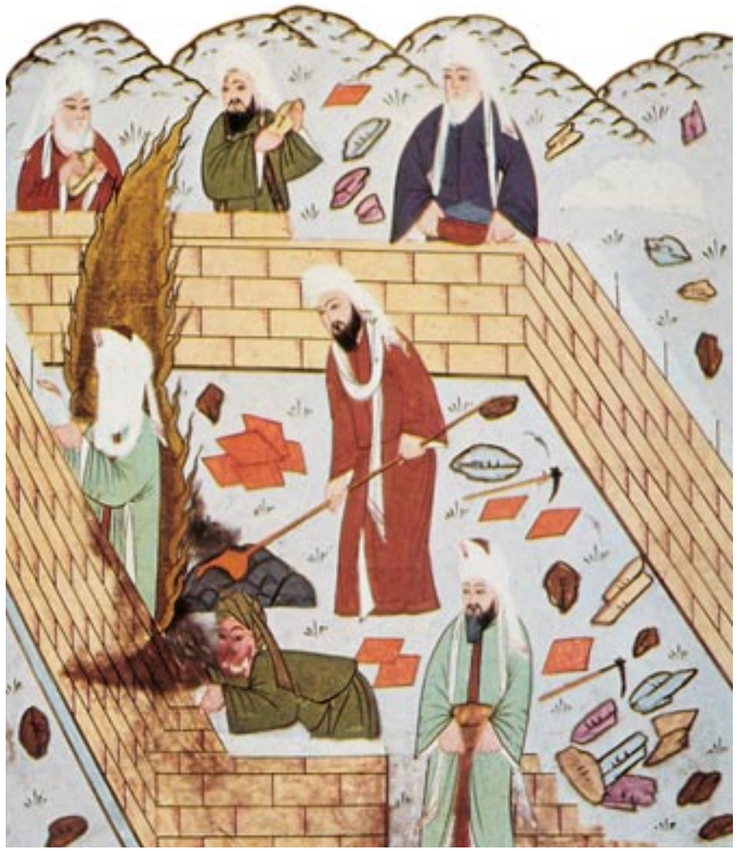
De regreso a La Meca, logró encontrar protección en el clan de los *banu nawfal*. Pero no era su clan, y Mahoma sabía que no podía durar mucho tiempo. Un nuevo vuelco en la vida del Profeta estaba a punto de producirse.

Es el año 620 y la plaza que rodeaba la Kaaba estaba llena de fieles paganos en visita devota. Entre estos, seis habitantes de Yathrib (Medina), ciudad a 350 kilómetros al noroeste de La Meca, quedaron impresionados por la predicación de Mahoma, viendo también en él a un hombre sabio, que podría poner paz entre las continuas disputas de sus conciudadanos. Al año siguiente, volvieron a verle con otros cinco compañeros. Son los *ansar*, los asistentes de Mahoma, y en aquel momento eran doce, como los apóstoles de Jesucristo.

Como a la propia esposa

En las cercanías de la ciudad de Aqaba, sus nuevos fieles realizaron lo que sería recordado como el Juramento de las Mujeres (*Bay'at an-nisa*), por el que todos se comprometían solemnemente a defender al Profeta, con el mismo empeño que empleaban en proteger a sus propias mujeres. De regreso a Medina, se unió a ellos un musulmán, Musab ibn Umayr, para difundir el *Corán*. Sin duda hizo un óptimo trabajo, pues, al año siguiente, 622, regresó a Aqaba un número más que quintuplicado de personas. Tuvo lugar entonces el Juramento de Guerra (*Bay'at al-harb*), por el que se comprometían a usar las armas para defender al Profeta. Es el nacimiento de la religión islámica. La idea de la comunidad de fieles, la *umma*, estaba presente ya en este juramento, antes de que fuera sancionada con la *Constitución* de Medina. Los vínculos tribales de sangre, que unían los miembros de un clan, se sustituyen por los vínculos de fe. Se reconocen hermanos en la comunidad del único Dios, la *umma*; no se trata ya de genética ni de vínculos de sangre.

De este modo, Mahoma y Abu Bakr, precedidos por los *muhayirun* (los



Mahoma inicia la construcción de **la mezquita de Medina**, la primera de todo el mundo árabe, según un manuscrito de Darir, siglo XVI (Nueva York, Public Library).

La brecha del Islam

Como en casi todas las religiones, también en el Islam las divisiones en la interpretación del dogma obedecen en su origen a luchas políticas por el poder entre los creyentes. La principal escisión que vive el Islam se remonta a los mismos orígenes, casi caliente aún el cadáver del Profeta, y responde a la rivalidad entre Mutawiya b. Abi Sufyan, que se convertiría en el fundador de la dinastía de los Omeyas, y Alí b. Abi Talib, cuarto califa ortodoxo y primo y yerno de Mahoma, ya que estaba casado con su hija Fátima. El pulso significó la creación de dos interpretaciones diferentes del Islam, la sunna, favorable a Muawiya, y la shí'a, "los partidarios" de Alí, es decir, los chiítas.

Los seguidores de Alí sostenían que el Profeta había elegido a su yerno para continuar su labor profética, por designio divino y le había proporcionado conocimientos secretos que le capacitaban para ser el único "imam" con posibilidades de gobernar de forma recta y acorde con los designios de dios. Convencidos de que Alí transmitió la enseñanza secreta de Mahoma a sus hijos, los chiítas creen que el depositario del legado vive oculto para regresar cuando sea la voluntad de dios. Los chiítas han cultivado la fe en una figura salvadora, un *mahdi*, que es la versión islámica del mesianismo.

Si el descendiente de Alí regresó o no a la Tierra y cuándo lo hizo o si aún lo ha de hacer es la pieza clave de la discordia entre las diversas ramas en que a su vez está dividido el chiísmo.

"emigrados"), cumplen la Hégira, la "emigración" hacia Medina. Esta fundamental fecha fue elegida por los países islámicos para iniciar su calendario: 16 julio de 622.

Aquí, en al-Medina (la ciudad), Mahoma decidió que fuera su camella, Qaswa, la encargada de elegir el sitio sobre el que se debía levantar su morada, evitando, de este modo, las seguras envidias entre todos aquellos que querían hospedarlo, siguiendo las antiguas tradiciones beduinas. Qaswa recorrió plácidamente los palmerales y callejuelas, hasta que cansada, se tumbó en un claro, donde generalmente se paraban las caravanas. Allí comienzaron los trabajos de construcción de la primera mezquita. La tradición señala que todos acompañaran el trabajo con cantos rimando las frases, incluido el mismo Mahoma. Pero, cuando a éste le llegaba su turno, inadvertidamente cambiaba el orden de las palabras, con lo que desaparecía la obligada rima. Señal de que el Profeta no estaba muy dotado para el diabólico arte de la poesía y que toda su elocuencia provenía de Alá.

Cuando la mezquita estuvo acabada, Mahoma decidió que la oración debía orientarse hacia Jerusalén, lo que confirma el carácter sagrado de la ciudad hebrea para la naciente comunidad musulmana. El ayuno ritual fue establecido el 10 de *Muharram*, coincidiendo con el tradicional hebreo del 10 de *Tiyri*. En un primer momento, Mahoma esperaba lograr el apoyo de los hebreos de Medina y el reconocimiento de su religión. La *Constitución* de Medina, que se apresuró a redactar, deseaba la solidaridad y la cooperación entre todos los habitantes de la ciudad, judíos y paganos incluidos. La libertad de culto, de cualquier culto, fue admitida oficialmente.

Una trinchera providencial

Las razias y las batallas de los musulmanes se multiplicaron, sobre todo contra los mequíes, acérrimos enemigos del Profeta y, cuando en el 627, intentaron reaccionar, sufrieron una gran derrota en la Batalla del Foso, el largo asedio de Medina por parte de unos 10.000 mequíes. En realidad, la batalla no tuvo lugar porque los sitiadores no supieron vadear el foso (*khandaq*, del que tomó el nombre la batalla) o, más humildemente, la trinchera. Este medio defensivo no era típico de los beduinos y la tradición afirma que fue sugerido por Salman al-Farsi, el Persa.

Concluido el asedio, Mahoma quiso vengarse de los *banu qurayza*, el clan hebreo de Medina, que era sospechoso de haberse entendido secretamente con el enemigo. No está claro si las acusaciones eran fundadas o no, pero lo cierto es que la comunidad musulmana salió reforzada de la batalla del *khandaq* y, probablemente, decidió reafirmar su supremacía. Después de un asedio de dos semanas, los *banu qurayza* se rindieron pero, en esta ocasión, no se les permitió el destierro, como había sucedido con otro clan hebreo, el de los *banu nadir*. Entre seiscientos y novecientos hebreos varones fueron decapitados: ninguno, excepto una mujer, quiso abjurar de la fe hebrea, enfrentándose a la muerte con dignidad de mártires.

Fuego en torno a La Meca

Para que el triunfo de Mahoma y su fe fuera completo, sólo faltaba la conquista de La Meca, su patria todavía pagana. Inspirado por un sueño, el Profeta decidió ir en peregrinación a la Kaaba y, en febrero de 628, se dirigió a ella con unos 1.600 hombres píos, pero armados y decididos. Los mequíes, aterrorizados, no lograron entender las intenciones de su antiguo ciudadano que, acampado en Hudaybiya, a las puertas de la ciudad, hizo encender ostentosamente 500 hogueras. Dentro de las murallas había una gran agitación y, tras desplegar varias veces el ejército, se intentó solucionar la cuestión por vía diplomática, proponiendo el Pacto de Hudaybiya: Mahoma podría entrar en peregrinación a La Meca, pero no ese año, sino el siguiente, y por sólo tres días. La victoria diplomática de Mahoma era irrefutable: los mequíess se veían obligados a tratar de igual a igual a los musulmanes. Una párrafo del *Corán*, revelado durante el camino de vuelta, da confirmación al Profeta: «Nos te hemos dado una victoria manifiesta...» (sura XLVIII,1).

Tras realizar su peregrina-

Mahoma y Alí discuten junto al santuario de **la Kaaba**, en una miniatura del siglo XVI (Nueva York, Public Library).

Mahoma sostiene la Piedra Negra, considerada el centro cosmológico del mundo islámico, en una ilustración de la *Historia Universal* de Rashid al-Din, 1307-1308.

ción en marzo del año siguiente, en 630, Mahoma decidió atacar La Meca, aduciendo como motivo el asesinato de un musulmán. Llegó al frente de l0.000 hombres y la conquistó sin derramamiento de sangre; los Quraishíes decidieron convertirse al Islam, manteniendo así intactos su papel social y sus riquezas: fue un verdadero triunfo, político y religioso.

Una vez conquistada la ciudad, Mahoma fue al sagrado templo de la Kaaba y ordenó destruir todos los ídolos, destrozando él mismo varias imágenes excepto, según se dice, la de Abraham que llevaba en la mano las flechas, la de Jesús, considerado también por los musulmanes como un gran profeta, y la de su madre, María. También conservó el culto de la Piedra Negra, hacia la que los árabes han tenido siempre una extraordinaria veneración.

La Meca era finalmente musulmana pero, antes de abandonar la ciudad, Mahoma se involucró en otra aventura, esta vez justificándola como una guerra santa contra los infieles: contra la ciudad de Taif que, además de obstaculizar el tráfico hacia el Yemen, todavía vivía en plena idolatría. La batalla contra sus habitantes, los *hawazin*, se trasladó en una nueva victoria, en la que colaboraron, según la leyenda, 15.000 ángeles con rojos turbantes, que se ensañaron con los enemigos de los musulmanes. Pasado algún tiempo, embajadores de Taif fueron a Medina para negociar la sumisión.

En el otoño del año 9 de la Hégira (630-631), el ejército musulmán llegó hasta la frontera sirio-bizantina, donde conquistó Tabuk, abandonada por la población griega y árabe. De los confines septentrionales, de los griegos y de los sirios, empezaron a llegar misiones diplomáticas preocupadas por el creciente poder de Mahoma. Hasta dos obispos, Ukadin de Dumat al-fandal y Yohanna ibn Roba de Aila, fueron a Medina para pedir que su culto fuera respetado, a cambio del pago de un tributo a la comunidad musulmana.

Sólo habían transcurrido diez años desde la Hégira a Medina. De profeta acorralado por su mismo clan, había pasado a ser el indiscutible jefe político y religioso de todo el Hiyaz. Ahora podía dedicarse a la sumisión del resto de las tribus árabes. Lo hará unas veces por medio de la guerra guerra y otras por la diplomacia, usando la ideología coránica de la guerra santa, *yihad*, que debe ser hecha contra los infieles, pero tiene que ser evitada cuando éstos estén dispuestos a aceptar el Islam. Mahoma transformó en imperio religioso la "república mercantil" de La Meca. Concluyó tratados entre diferentes tribus y la *umma*. El Islam interrumpió las rivalidades beduinas, encauzando la agresividad hacia los "infieles": la ya próxima conquista de los Imperios Bizantino y Persa, fue el precio que estos tendrán que pagar por el triunfo del *Pax islámica* entre los árabes.

El Imperio de Oriente, con Justiniano primero, Mauricio y, sobre todo, Heraclio después, estaba empeñado en una larga y extenuante guerra contra los reyes persas Cosroe I y II. Y así, mientras la lucha entre los dos grandes Imperios, el Bizantino y el Persa, vio oponerse dos religiones, la cristiana y la mazdeista, entre estas dos superpotencias se formó casi invisiblemente una religión, la islámica, y una potencia, la árabe, que barrería como un tornado a los sasánidas y luego, más lentamente, a los bizantinos.

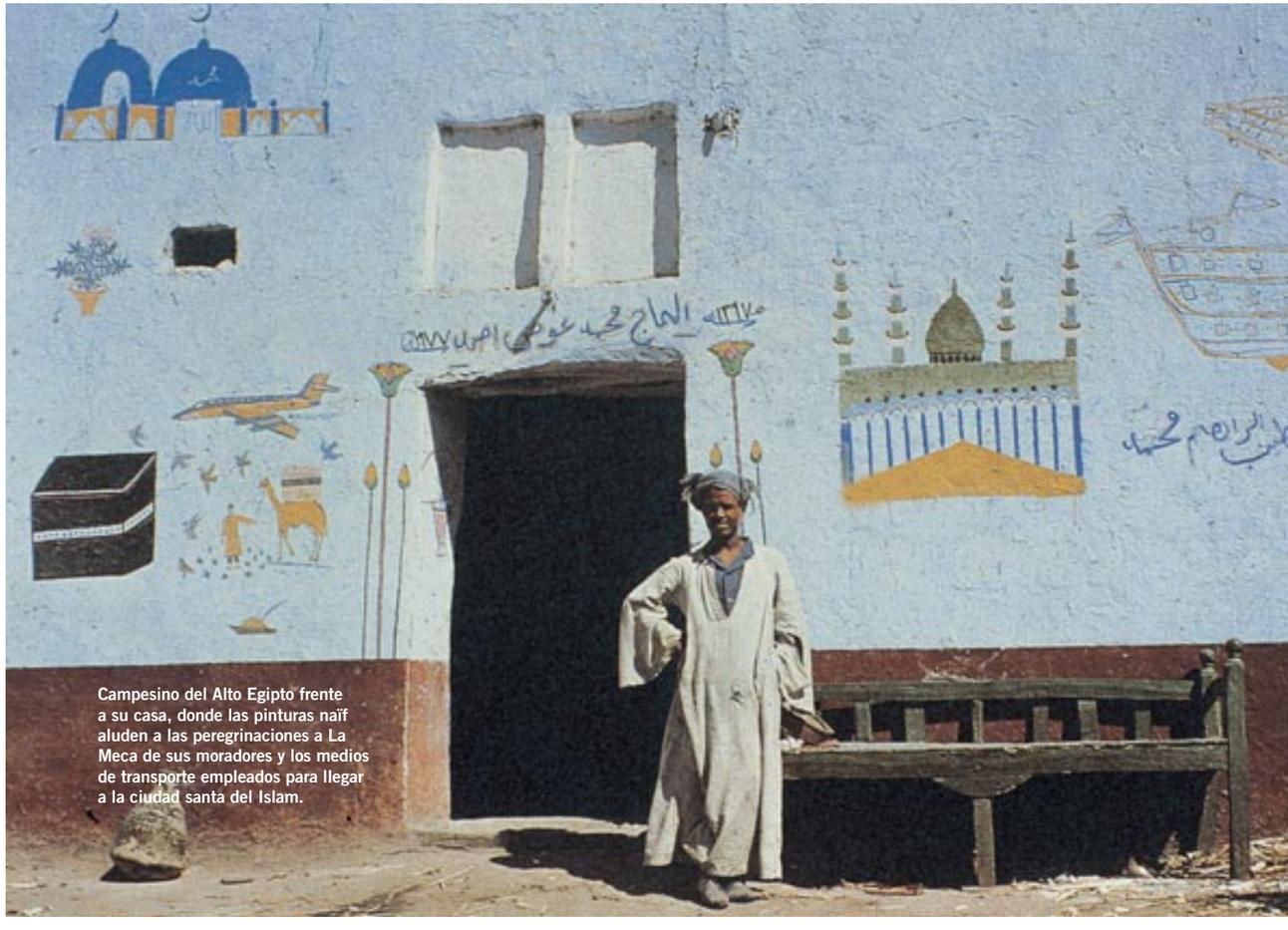
Pero Mahoma no lo vio. Después de su peregrinación del 632 a La Meca, enfermó. Tenía fiebre y terribles dolores de cabeza, estaba agotado y comenzaba a delirar. Los últimos momentos quiso pasarlos en la habitación de su amada Aysha, la mujer que él más querida, en un agitado duermevela. Falleció el lunes 13 *rabi* del 11 Hégira, para el resto del mundo, 8 junio de 632 d.C.

A la gente que se reunió alrededor de la casa, el fiel Abu Bakr les anunció: "¡Oh gente! Quienes veneran a Mahoma sepan que Mahoma ha muerto. Quienes en cambio adoran a Dios, sepan que Dios está vivo y no morirá nunca".

El Islam barrió como un tornado el Imperio Sasánida y lentamente el Bizantino. Mahoma no pudo verlo

El fracaso de la SECULARIZACIÓN

El mundo musulmán parece estar atrapado entre la fidelidad a las tradiciones y la interpretación literal de los textos religiosos, por un lado, y el deseo de modernización, por otro. **Mohamed Charfi** analiza las causas de este desfase y los intentos por superarlo



Campesino del Alto Egipto frente a su casa, donde las pinturas naïf aluden a las peregrinaciones a La Meca de sus moradores y los medios de transporte empleados para llegar a la ciudad santa del Islam.

Cartel mostrando a **Kemal Ataturk junto a una efigie de la República Turca** que copia el modelo iconográfico occidental: una mujer envuelta en la bandera nacional.

La crisis cultural y el desconcierto ideológico al que asistimos han favorecido el auge de todo tipo de extremismos, entre ellos, el fanatismo religioso. Pero en ningún lugar éste ha causado tantas víctimas estos últimos años como en el mundo musulmán. Especialmente en Egipto y, sobre todo, en Afganistán y en Argelia. Son razones específicas las que deben explicar el auge del fanatismo islámico. Con frecuencia se alegan factores económicos y sociales: la pobreza, el paro, la crisis de la vivienda, la invasión de la ciudad por el campo, la corrupción cuando y allí donde existe, el sistema de libertades públicas, etcétera. Lejos estamos de ignorar estas causas de legítimo descontento en numerosos países. Sin embargo, el fundamentalismo existe también en los países del Golfo, donde los nacionales tienen un elevado nivel de vida. Sólo la mano de obra extranjera sufre de pobreza y explotación, a veces intolerable.

Por otra parte, en los países no petrolíferos, en los que las causas del descontento económico y social son reales, se plantea esta cuestión: ¿por qué las reivindicaciones se funden en una reclamación quimérica del retorno a un Estado islámico, en el que todos los problemas serían resueltos con la varita mágica de la aplicación de la *sharia* (derecho musulmán clásico). En el resto del mundo, estos problemas tienen naturaleza y cauces propios: se forman movimientos de opinión y se crean organizaciones para reclamar viviendas, aumentos salariales o más libertad.

Se habla a menudo de las "particularidades de la religión islámica o de especificidades de la civilización árabe-musulmana" que deben ser respetadas; manifestaciones justas en sí mismas porque significan el respeto al otro, pero que no justifican la vuelta a los castigos corporales ni la opresión de la mujer o la refundación de un Estado teocrático.

Adiós a la Inquisición

Todas las civilizaciones y todas las concepciones religiosas evolucionan. El pensamiento cristiano actual tiene poco que ver con las ideas que prevalecían en la época de las Cruzadas, de la Inquisición o del proceso contra Galileo. Después del Concilio Vaticano II, la Iglesia se despide de la Edad Media y cierra el paréntesis de la Contrarreforma. Abre sus puertas y ventanas de par en par. Cierto es que, a veces, mantiene planteamientos discutibles, pero el camino recorrido desde hace un siglo es impresionante. Incluso en Israel, donde el Estado se basa en la religión, la ley mosaica, gracias a la emancipación de la mujer, se respeta sólo parcialmente.

La prohibición cristiana del divorcio o la poligamia de la ley mosaica se han convertido en pieza de museo y su desaparición no provoca ya desgarro alguno en la mayoría de estas dos religiones. Estas innovaciones se han integrado de tal forma en el pensamiento colectivo cristiano o judío, que ninguna corriente popular importante, europea o israelí, reclama el retorno de estas antiguas leyes en nombre de la identidad, de la autenticidad o de algún otro concepto inmovilista.

Esta metamorfosis de las otras dos religiones monoteístas no tiene nada de sorprendente porque la evolución es ley de vida. No hay razón para que el Islam no evolucione como lo han hecho cristianismo y judaísmo. Sucede, sin embargo, que si en los últimos siglos los europeos han vivido, a menudo con dolor, con avances y retrocesos, profundos cambios tecnológicos, económicos, culturales y políticos, los pueblos musulmanes han sufrido en parte un gran retraso en todos estos campos.

Esclavitud tolerada por Dios

Este retraso no es una condena definitiva y perpetua. Puede ser recuperado. Los castigos corporales han desaparecido en la mayoría de los países musulmanes desde hace tiempo. En Túnez, por ejemplo, las reglas de la *sharia* que castigan al ladrón con la amputación de la mano o al autor del adulterio con la pena de muerte por lapidación, cayeron en desuso hace siglos. El sistema bancario funciona normalmente en la casi totalidad de los países musulmanes, a pesar de la prohibición religiosa del préstamo con interés. La mujer musulmana se ha evadido de sus tres prisiones: no se encuentra ya enclaustrada en casa, ha roto las barreras invisibles de la ignorancia y ha desgarrado su velo para convertirse en ciudadana de pleno derecho.

Estas diferentes evoluciones no se han producido sin dificultades. Cuando la esclavitud fue abolida en Túnez entre 1842 y 1846, algunos jefes religiosos de *cortos alcances* –los integristas de la época– pusieron el grito en el cielo ante lo que consideraban una traición al Islam, pues si el *Corán* tolera esta institución, no había razón para prohibir lo que los textos sagrados autorizan. Más aún, precursores de algunos islamistas de hoy acusaron a los defensores de la abolición de "querer complacer a Occidente". Los reformadores tunecinos se defendieron con valentía. Cuando se leen los artículos de Bayram, pensador tunecino de mediados del siglo XIX, se tiene la impresión de que están escritos por un demócrata de hoy. Demostraron que la abolición se adecúa más al espíritu de la religión que el mantenimiento de la esclavitud y evita al amo los pecados que comete al maltratar a sus esclavos.

Más tarde, Kacem Amin en Egipto y Abdelaziz Thaalbi en Túnez hicieron un llamamiento a favor de la educación de los jóvenes y de la supresión del velo de las mujeres, utilizando, como justificación de las reformas, el espíritu de la religión y una nueva lectura de los textos fundacionales.

Esta evolución fue posible gracias a múltiples factores. Por una parte, los pensadores ilustrados y los reformadores inspiraron con frecuencia la acción del Estado, cuando éste funcionó como motor de cambio. Por otra, la gran mayoría de la población la aceptó sin dificultades, ya que estaba formada por gente campesina, a menudo iletrada y que nunca se había distinguido por una religiosidad fanática. La mujer beduina, por ejemplo, nunca llevó velo. La única resistencia al cambio se concentraba en las universidades religiosas, la Zituna, en Túnez y Al-Azhar, en Egipto, cuya influencia no era determinante.

Cuando se piensa en estos considerables cambios, se tiene la tentación de afirmar que los pueblos musulmanes han abandonado la Edad Media para acceder plenamente a la modernidad y que han sabido adaptarse a las exigencias de los nuevos tiempos, permaneciendo fieles a su religión. Sin embargo, los recientes acontecimientos demuestran que estos cambios son frágiles. La razón es que las estructuras jurídicas, económicas y sociales han evolucionado notablemente, mientras que el sistema de referencias culturales y el discurso político se han quedado atrás.

Entrada triunfal de **Huari Bumedián** en Argel, el 11 de septiembre de 1961, tras una larga y sangrienta guerra de independencia.

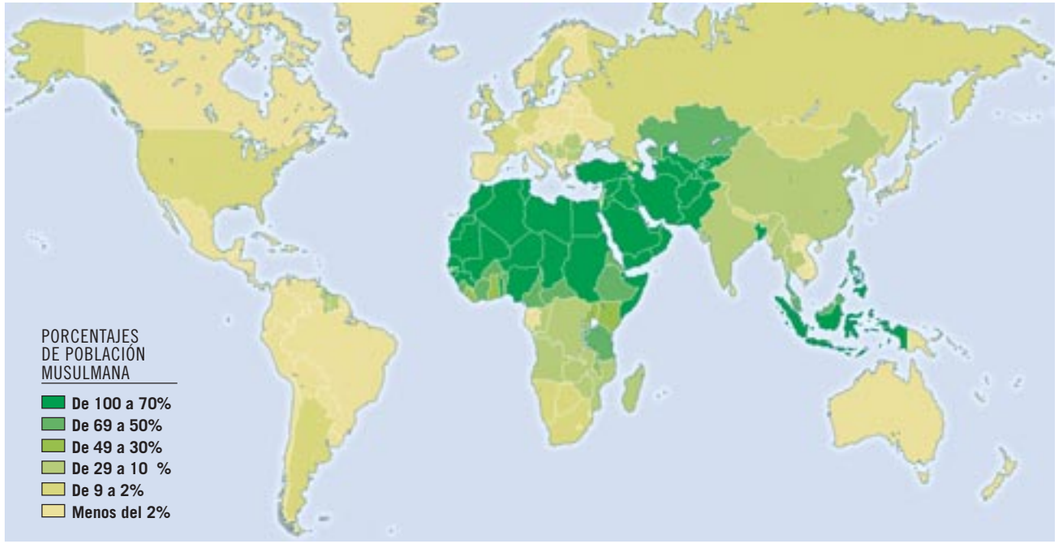
> Las estructuras económicas y sociales han evolucionado, mientras el discurso cultural y político se ha estancado

Al borde de la esquizofrenia

En el conjunto del mundo musulmán, junto a otras medidas de modernización y de desarrollo, se adoptó una política de generalización de la enseñanza. En este campo, desgraciadamente, se ha pensado casi siempre en términos cuantitativos. El contenido y los métodos educativos no han sido objeto de una detenida reflexión y de serios debates. Se añadió, simplemente, la enseñanza de materias científicas y lenguas extranjeras a los programas de las escuelas tradicionales. Estas escuelas no enseñaban el Islam solamente como

Mohamed Charfi es profesor emérito de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales de Túnez y autor de *Islam y libertad. El malentendido histórico*, del que este artículo forma parte.

El Islam en el mundo



Hay unos mill millones de musulmanes en una franja que va del Atlántico hasta el mar de China, que abarca el norte de África, el Sáhara y el cinturón subsahariano, Oriente Medio hasta la India, con una importante minoría, y varios países de Extremo Oriente, como Malasia e Indonesia. Rusia, China, Japón, y Filipinas tienen grupos de población de fe musulmana.

La emigración a Europa de habitantes de las ex colonias en el Norte de África y Oriente ha implicado la irrupción en unas décadas de millones de musulmanes en Occidente. Así, Francia cuenta con cuatro millones –la mayoría de Marruecos, Argelia y países musulmanes de África negra–, lo que supone el 7 por ciento de su población. Alemania tiene casi tres millones de musulmanes, en su mayoría de origen turco, y Gran Bretaña, más de millón y medio, muchos de origen pakistaní. Suecia, Holanda, Bélgica o Italia albergan un número importante. En España hay unos 400.000, un uno por ciento de la población total. En Estados Unidos se cifra en unos diez millones, algo menos del 4 por ciento.

El Islam cuenta con menos seguidores que el cristianismo, cuyas iglesias se jactan de sumar más de 1.800 millones de bautizados. Sin embargo, la práctica religiosa no se corresponde con unas cifras que hay que tomar con cautela. Baste recordar que este cálculo esta hecho incluyendo 40 millones de cristianos españoles, es decir el 100 por cien de la población.

una religión. Lo presentaban, al mismo tiempo, como una identidad y como un sistema jurídico y político. Pero la Nación, entidad naciente, no es la *Umma* (comunidad de los musulmanes), sino un nuevo régimen político, basado teóricamente en la soberanía popular, que nada tiene que ver con el Califato.

El nuevo régimen jurídico tampoco tiene relación con la sharia, ni por sus fuentes ni por su contenido. El nuevo derecho es aprobado por el Parlamento, teóricamente surgido del sufragio universal, mientras que la sharia es obra de los teólogos. El nuevo derecho penal está concebido para rehabilitar al delincuente, mientras que el derecho penal de la sharia se basa, como todos los derechos penales antiguos, en castigos corporales y en penas, como la lapidación, cuyo objetivo es hacer sufrir.

Todas estas son grandes innovaciones que nunca fueron explicadas a la opinión pública. Año tras año se ahonda el foso entre el sistema idealizado y sacralizado, heredado de los antepasados y enseñado en la escuela, y el nuevo sistema que aparece cada vez más como ajeno, importado y contrario a la religión. La población sufre una grave distorsión, un doloroso desgarro que la lleva al borde de la esquizofrenia. No quieren sacrificar ni el Islam ni la modernidad. Están apegados tanto al Islam como a las estructuras modernas del Estado del que reivindican, con razón, una auténtica democratización y representatividad, aunque sienten al mismo tiempo y confusamente, la contradicción, tal vez la incompatibilidad, entre las dos. La disfunción del sistema musulmán moderno es tal que la situación actual se vuelve precaria.

Un enemigo desprestigiado

Los islamistas pertenecen a una facción minoritaria de la población que quiere que prevalezca el Islam sobre la modernidad. Tienen un discurso aparentemente lógico: "Somos musulmanes y debemos aplicar el Islam tal como lo hemos heredado y aprendido". Su discurso es hoy dominante porque se presentan como militantes puros y duros, que tienen en frente regímenes corroídos por el nepotismo, la corrupción y la impotencia para ofrecer el desarrollo prometido. Se benefician de la inexistencia de un contra-discurso creíble. En efecto, en la mayoría de los países musulmanes, las actitudes reales y el discurso oficial de los gobernantes reflejan una modernidad vacilante, no asumida ni conciliada con el Islam.

A finales de los años 50 y a lo largo de los 60, el mundo árabe está desgarrado entre varios discursos políticos divergentes. En el Creciente Fértil imponía sus ideas el partido Baaz; en Egipto y el Magreb, tres hombres de gran estatura política, Nasser, Bumedián y Burguiba, desarrollaban diferentes discursos. Comparemos sus enfoques.

El Baaz era, inicialmente, un partido laico y moderno, constituido por un núcleo de cristianos y musulmanes que no podían entenderse sobre una base religiosa y, por tanto, elaboró un proyecto al margen de las religiones. Sin embargo, la modernización de la sociedad era secundaria respecto a su principal objetivo, la unificación del mundo árabe. Para ello, los objetivos se concentraron en las Fuerzas Armadas. En vez de multiplicar las federaciones de militantes y los debates entre intelectuales, alinearon los batallones de blindados que se enfrentaron entre sí. De ahí los continuos alzamientos y finalmente la escisión entre el Baaz sirio y el Baaz iraquí. Este conflicto sólo puede entenderse si se recuerda que su sueño era reconstituir la edad de oro de los árabes, momento de esplendor que para los sirios es el califato omeya, con capital en Damasco, y para los iraquíes, el califato abbasí, cuya capital era Bagdad. Su panarabismo no es sino una fachada y se reduce a un micronacionalismo expansionista. El régimen sirio se alía con el islamismo radical de Irán y con el Hezbollá libanés. Al día siguiente de la invasión de Kuwait, Sadam Husein incorpora la frase *Allah Akbar* ("Dios es el más grande") a la bandera iraquí.

El fracaso de Nasser

Nasser era un gran tribuno, admirado por su honestidad y sinceramente renovador, pero su modernidad se supeditaba a la unidad árabe y la liberación de Palestina y para alcanzarlos necesi-

El *rais* egipcio **Nasser**, vestido a la manera de los peregrinos, durante una de sus visitas a la ciudad santa de La Meca.

El Islam militante

Los Hermanos Musulmanes
El movimiento nació en Egipto, en 1928, de la mano de Hasán al-Banna y con el tiempo se convirtió en el origen de numerosos grupos radicales islámicos. Su fundador siempre defendió la afirmación: "El Corán es nuestra Constitución"; y sus seguidores mantienen que la respuesta a todos los retos del mundo moderno está en aplicar las enseñanzas del texto sagrado. A la espera de la instauración de un Estado islámico, trabajan por la islamización de la sociedad desde abajo, mediante la educación y las obras sociales. La represión que Nasser hizo de este movimiento sirvió para radicalizarlo aún más y en la actualidad representa la más seria oposición a que se enfrenta el *rais* Mubarak.

Los ahbaches
Se trata de una corriente que apareció en el Líbano en los años 80 y a la que la mayoría de los musulmanes considera despectivamente como una "secta de malhechores". Fue fundada por Abdalah Al-Harari, también conocido como Al-Habachi (el etíope). Critican a los wahabíes y a los Hermanos Musulmanes y sus críticos les acusan de estar manipulados por el Gobierno sirio. Este movimiento ha conocido una publicidad inesperada tras la detención de Zacarias Moussaoui, de nacionalidad francesa, por su presunta participación en los atentados del 11 de septiembre, ya que su hermano mayor, Abd Samad, es un abhache.

Los salafíes y wahabíes
Los salafíes tratan de regresar a la pureza de las fuentes del Islam, tal como aparecen en el *Corán* y la *sunna*. Su impulsor fue el jeque Mohammed Ibn Abdelwahab (que vivió en el siglo XVIII), teórico de un islam rigorista e inspirador de la ideología de la familia de la Casa de Saúd, que gobierna hoy Arabia Saudí. Los salafíes son también conocidos como wahabíes y a su vez se dividen en dos grupos, los *yihadistas*, cuyo líder es el egipcio Mustafá Kamel, también llamado Abu Hamsa, refugiado en Londres e imam de la mezquita de Finsbury Park; y los llamados *jequistas*, que no se meten en política, pero siguen al pie de la letra las *fatuas* de los jeques saudíes.
Este movimiento está en plena expansión en Francia. Poco estructurada, esta escuela se divide en varias tendencias, según su interpretación de los dogmas. Los más radicales incluso anatematizan a los otros grupos musulmanes.

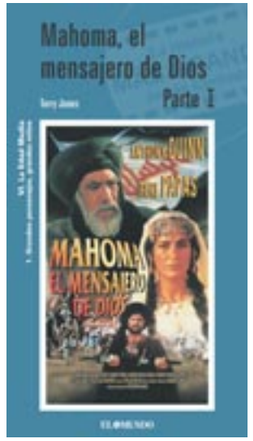
El Tabligh
Es el mayor movimiento misionero del Islam, y fue fundado en la India por Muhammad Ilyas. Se les apoda los "Testigos de Jehová del Islam", por el proselitismo persistente que emplean, ya que van puerta a puerta peinando las calles de sus barrios de forma metódica para instar a los musulmanes a acudir a rezar y a respetar las prácticas religiosas. El *Tabligh* ha sido muy eficaz en la reislamización de los inmigrantes de la primera generación en Francia. Su meta es exclusivamente religiosa y evita de forma decidida cualquier compromiso con la política, aunque sus detractores lo acusan últimamente de estar siendo utilizado cada vez más por los militantes radicales.

Mahoma, la película

La biografía de Mahoma fue llevada a la gran pantalla en 1976 por el director Moustapha Akkad, con un guión que trataba de respetar escrupulosamente la versión histórica acorde a la tradición islámica. *Mahoma, mensajero de Dios* es una coproducción británica y kuwaití que se rodó en el desierto de Libia y está protagonizada por Anthony Quinn, Irene Papas y Michael Ansara. La banda sonora es de Maurice Jarre.

Al poco tiempo de su estreno, la película se había convertido en una referencia para todos los musulmanes y también fue un éxito de taquilla en Occidente. Casi medio millón de personas la vieron en salas comerciales de España.

En el mundo islámico supuso un hito, ya que la reticencia de los musulmanes, por razones religiosas, a representar seres vivos no había ayudado a que proliferaran iniciativas de filmar la historia sagrada, en contraste con la profusión con que la Cristiandad ha llevado a la pantalla las historias del Antiguo y del Nuevo Testamento.



El filme gira en torna a tres fases de la vida de Mahoma: el periodo en que era conductor de caravanas (582), antes de empezar a predicar (613), la oposición que sufrió en su ciudad natal, La Meca, y su regreso a ella en 631, para acabar con la idolatría

En la selección de películas que se venden con el diario *El Mundo*, *Mahoma, mensajero de Dios* se entrega en dos partes, los días 28 de marzo y 2 de abril, debido a su larga duración: 175 minutos.

taba agradar a la opinión pública, lo que le llevó a hacer concesiones al sector tradicional de la población. Poco a poco, fue frenando cuanto podía molestar a los integristas, desarrolló la Universidad Teológica de al-Azhar y lentamente el movimiento de liberación de la mujer, el más fuerte del mundo árabe hasta 1952, perdió intensidad a partir del acceso al poder de los *oficiales libres*. Nasser no fue capaz de conseguir la unidad árabe ni la liberación de Palestina y la sociedad egipcia retrocedió en vez de modernizarse.

Bumedián siguió una política bastante parecida a la de Nasser, aunque con algunas particularidades. Además de su arabismo, era un ferviente adepto del socialismo científico y de la lucha antiimperialista. Soñaba con que su país desempeñara el papel de líder de África y hasta del Tercer Mundo. Para ello necesitaba una gran Argelia, más poblada y mucho más fuerte que sus vecinos. A pesar de su modernidad hizo todo cuanto pudo por complacer al sector tradicionalista de la población. Concedió a los ulemas un magnífico regalo cediéndoles el sector de la educación. Continuó la política de Ben Bella al acudir masivamente a cooperantes egipcios, lo que Nasser aprovechó para deshacerse momentáneamente de buena parte de sus integristas, quienes, utilizados como profesionales, formarán los futuros cuadros del FIS y del GIA.

Burguiba no encendía la pasión de nadie, pero interesaba a todo el mundo. Apelaba a la razón de los tunecinos para explicar las causas de su subdesarrollo que, desde la independencia, no se encuentran sino en ellos mismos, e indicaba los medios para avanzar: debemos emancipar a nuestras mujeres para que participen en la obra de construcción de una sociedad nueva; debemos limitar la natalidad para que el desarrollo económico no sea destruido por el crecimiento demográfico; debemos reflexionar sobre las causas de nuestro atraso, ponernos a trabajar y cambiar nuestras mentalidades y estructuras sociales para modernizarnos con el fin de "alcanzar el tren de la civilización". Análisis basado más en la autocrítica que en la crítica de los otros. Objetivos aparentemente modestos, pero en el fondo más factibles e importantes. Túnez recoge hoy los frutos de esta política. Ello no cambia el hecho de que Burguiba fuera un dictador megalómano con una elevada opinión de sí mismo, que gobernó mediante un sistema de partido único, la tortura y el Tribunal de Seguridad del Estado. Estas violaciones de las libertades públicas no fueron legítimas ni tan siquiera útiles para su política.

Burguiba hizo que la modernidad tunecina, aunque real, haya sido claramente insuficiente por falta de democracia. En el resto de los países árabes e islámicos, los poderes públicos no consideran como una prioridad la modernización del Estado y, menos aún, la de la sociedad.

El problema para el mundo musulmán, según escribe Olivier Carré, no es inventar la laicidad que existe, sino pensar la realidad que niega. Estas palabras son optimistas, dado que los países que mantienen, en la práctica social y en la legislación, instituciones como la poligamia, la repudiación o el casamiento de muchachas impúberes, basadas en el simple consentimiento del padre, no pueden ser clasificados como países laicos. Esto es lo que sucede en el mundo musulmán, a excepción de Turquía y de Túnez. Para medir hasta qué punto el estatuto de inferioridad de la mujer es, a pesar de algunas apariencias, una realidad social y jurídica, recordemos a modo de ejemplo un incidente revelador que saltó a las páginas de los periódicos hace algunos años. En Egipto, país que desempeñó durante largo tiempo el papel de vanguardia en la emancipación de la mujer, Aisha Rateb, ex ministra de Asuntos Sociales, tenía problemas con su marido y vivía separada de él, a la espera del divorcio. Un día que tomaba el avión para un viaje oficial, su marido consiguió impedir que el aparato despegara durante algún tiempo, bajo el argumento de que no había recibido autorización marital para dicho viaje.

Países que mantienen la poligamia o el casamiento de muchachas impúberes no pueden ser clasificados como laicos

Religión y modernidad

Cuando un intelectual intenta emitir opiniones a favor de la conciliación entre Islam y modernidad, los ulemas se movilizan contra este pensador "asqueroso infiel al que se debe matar" y los gobernantes, por miedo o por demagogia, hacen causa común con ellos. Esta práctica es desgraciadamente antigua. Cuando en 1923, Ali Abderrazak, pensador musulmán liberal, publica su obra capital, *El Islam y los fundamentos del poder*, queriendo conciliar religión y modernidad en materia de régimen político, los ulemas lo denuncian vigorosamente y lo excluyen de la Universidad de al-Azhar, con la aprobación del Gobierno egipcio. Aún más, Saad Zaghloul, jefe del partido dominante en esa época, el Wafd, que encabezaba la lucha por la independencia y que era considerado como laico, denunció el libro y a su autor con igual vigor. Todavía hoy, las autoridades egipcias no han cambiado realmente su política al respecto. Es verdad que con cargo al Gobierno se han editado al día de hoy decenas de miles de ejemplares de la obra de Abderrazak. Sin embargo, ello no cambia el hecho de que la obra de Ali Abderrazak permanece ignorada en las escuelas egipcias.

En la misma época, Tahar Haddad publica en Túnez su importante libro *Nuestra mujer en la sharia y en la sociedad*, que es una llamada a favor de la emancipación de la mujer y demuestra que el Islam bien comprendido no se opone a la misma. Fue apoyado por el sector ilustrado de los intelectuales y de la población, y denunciado por los ulemas de la Universidad al-Zituna, que lo excluyeron de sus filas. La administración colonial aplicó la decisión de los ulemas, impidiendo a este pensador acceder a la función de juez. Sin embargo, después de la independencia fue rehabilitado por el Gobierno. Los discursos oficiales se refieren a él con frecuencia. Se ha creado un club cultural con su nombre. Sus obras se enseñan en las escuelas. Sin negar el gran mérito de Burguiba en la adopción del Código de Estatuto Personal, prácticamente todo el mundo admite que este código se fundamenta en la teoría de Tahar Haddad.

Pero en este campo, el ejemplo tunecino sigue siendo la excepción en el mundo árabe-musulmán, que todavía no ha logrado conciliar religión y modernidad.

La Guerra del Golfo fue un mazazo para la unidad árabe y la barbarie del GIA en Argel ha hecho perder sus ilusiones incluso a los integristas menos fanáticos. Puede que sea el momento de que las masas árabes abandonen las quimeras y se fijen objetivos más realistas y útiles, en busca de la modernidad. Esta toma de conciencia sólo puede realizarse con serenidad y paz interior, conciliando el ser y el porvenir, la pertenencia a la civilización árabe y la religión islámica por una parte, y la modernidad y el desarrollo por otra.

Habib Burguiba insistía a los tunecinos en que las causas del subdesarrollo y la solución a los problemas estaban en ellos mismos.

Sadam Husein apeló a razones religiosas para recabar el apoyo de su pueblo, tras el estallido de la Guerra del Golfo, en 1991.

PARA SABER MÁS

Del interés suscitado por el tema islámico tras el 11 de Septiembre, es buena muestra esta lista de libros aparecidos en el último cuatrimestre:

Armstrong, K., *El Islam*, Barcelona, Mondadori, 2001.
Bergen, P. L., *Guerra Santa, S. A. La red terrorista de Osama Bin Laden,* Barcelona, Grijalbo, 2001.
Brown, A. C., *Dios, oro y petróleo*, Barcelona, Andrés Bello, 2001.
Charfi, M., *Islam y libertad. El malentendido histórico*, Granada, Almed, 2001.
Chomsky, N., *11-S. Una nueva lógica mundial,* Madrid, 2001.
Frattini, E., *Osama Bin Laden, la espada de Alá*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2001.
Goytisolo, J., *Paisajes de la guerra*, Madrid, Aguilar, 2001.
Jacquard, R., *En nombre de Osama Bin Laden. Las redes secretas del terrorismo islámico*, Barcelona, Salvat, 2001.
Juergensmeyer, M., *Terrorismo religioso. El auge global de la violencia religiosa*, Madrid, Siglo XXI, 2001.
Kepel, G., *La Yihad*, Barcelona, Península, 2001.
Lacomba, J., *El Islam inmigrado,* Madrid, 2001.
Landsau, E., *Osama Bin Laden. El terrorismo del siglo XXI*, Barcelona, Planeta, 2001.
Rashid, A., *El Islam, el petróleo y el nuevo "Gran Juego" en Asia Central*, Barcelona, Península, 2001.
Sanneh, L., *La corona y el turbante*, Barcelona, 2001.
Valenzuela, J., *España, en el punto de mira. La amenaza de integrismo islámico*, Madrid, Temas de Hoy, 2002.
Vernet, J., *Los orígenes del Islam*, Barcelona, El Acantilado, 2001.

Nota: Las citas del *Corán* de este Dossier proceden de la traducción de Juan Vernet.